

Catálogo del Fondo Revolución Mexicana. Entrevistas de historia oral del Archivo de la Palabra

Laura Espejel*

*De esto, de vida –de vidas–,
es de lo que trata este libro.*

DOLORES PLA

Entre los proyectos de la Dirección de Estudios Históricos del INAH para conmemorar el bicentenario de la Independencia y el centenario de la Revolución mexicana presentamos el proyecto titulado “Catálogo del Fondo Revolución Mexicana: entrevistas de historia oral del Archivo de la Palabra”. La iniciativa fue de María Esther Jasso, subdirectora de la biblioteca Manuel Orozco y Berra, que propuso integrar el trabajo almacenado de las historiadoras eméritas y pioneras de la historia oral mexicana Alicia Olivera y Eugenia Meyer. La primera había publicado, en 1975 y 1976, dos catálogos en los que dio a conocer el material reunido en 75 entrevistas titulado *Programa de Historia Oral. Catálogo*, mientras que en 1977 Meyer presentó el *Catálogo del Archivo de la Palabra*, donde aparecen 140 entrevistas de revolucionarios, realizadas y trabajadas hasta esa época.

Estas publicaciones no abarcaban el universo de los 328 testimonios grabados entre 1959 y 1976, aproximadamente, con los que se formó este acervo. Cabe señalar que el fondo se enriqueció con testimonios de investigadores que participaron de manera temporal en el proyecto, como Carmen Nava, o bien profesoras que donaron algunas de sus grabaciones, como Anita Aguilar y Rosalind Rosoff, por mencionar algunos nombres.

Mientras que las entrevistas de los investigadores del INAH anotan los datos del informante, grado y profesión o trabajo, así como el lugar, la fecha y una clasificación, el proyecto Revolución se clasificó con las siguientes claves: PHO/1/(número progresivo de grabación), o bien PHO-Z/1/(número progresivo), o bien PHO-Z/CRMG/(número progresivo). Este último número se usó para las entrevistas realizadas por Carlos Barreto en los centros INAH de Morelos y Guerrero.

En el caso de los entrevistadores que donaron sus trabajos al proyecto, se trata de grabaciones libres, en las que a veces no encontramos una entrada con el nombre del informante, el lugar de la entrevista o la fecha en que se realizó. En la medida de lo posible se tuvo cuidado para aclarar esta información.

Para conocer el origen del archivo nos remontamos al maestro Wigberto Jiménez Moreno, quien en 1959 se propuso la creación del Archivo Sonoro de la Revolución Mexicana con un grupo de estudiantes de antropología que realizaron algunas entrevistas. Por las notas que escribió Daniel Cazés (1973: 9) en su libro *Los revolucionarios, nuestras cosas* (1973), encontramos referencias al proyecto:

* Dirección de Estudios Históricos, INAH (lespejel.deh@inah.gob.mx).

En 1960, el Instituto Nacional de Antropología e Historia, a través de su Departamento de Investigaciones Históricas, se propuso crear un Archivo Sonoro de la Revolución Mexicana que sería una especie de monumento más o menos vivo al movimiento que dio vida a esa institución. El acervo comenzó a integrarse sobre la base de un cuestionario elaborado por un grupo de estudiantes (principalmente por el fallecido Walter Hope) bajo la dirección del maestro W. Jiménez Moreno. Dicho cuestionario pretendía seguir las líneas de una teoría hasta ahora, y hasta donde yo sé, no muy bien definida sobre los ciclos en la vida del individuo; se hablaba entonces de algo semejante a una hipótesis de trabajo que iba a permitir ubicar acontecimientos claves en edades claves de individuos claves, quizá para llegar a interpretar hechos históricos claves.

Los tres entrevistadores eran Daniel Cazés, quien realizó 14; Jaime Alexis Arroyo, que completó 29, y Manuel Arellano Zavaleta, con cuatro testimonios. Se trata de entrevistas dirigidas que en ocasiones dan la impresión de que se proporcionaba un temario o cuestionario libre previo a la grabación, de modo que cada entrevistado lo ajustaba a sus deseos e interpretación personal de su participación y las convicciones que fue adquiriendo en su vida posterior.

Las grabaciones se realizaron entre 1959 y 1961. En su mayoría, los testimonios se recabaron entre oficiales y personajes que ocuparon cargos políticos, o que escribieron algún libro sobre el tema. Por eso, de las afirmaciones de Cazés (*ibidem*: 10) en las seis entrevistas que seleccionó y editó para integrar su libro tomamos estas reflexiones:

[...] a quienes entrevisté (unos veinte, provenientes de diferentes estratos, niveles jerárquicos y tendencias), nunca se prestaron a responder a las preguntas concretas del cuestionario, pues lo que deseaban era aprovechar la ocasión de verse ante un micrófono y una grabadora para relatar los hechos que ellos consideraban los más importantes de sus vidas como ellos los veían, y para dar cauce a sus pasiones faccionales en monólogos polémicos. Otro obstáculo, quizás el más importante para hallar lo que personalmente buscaba yo en ese entonces, fue la incapacidad casi unánime de los veteranos para definir la calidad revolucionaria de los movimientos en que participaron, así como para expresar con claridad qué fue lo que los llevó a hacer una revolución; las frases hechas más o menos

oficializadas desde hace quién sabe cuánto tiempo les bastaban para ambas cosas.

Me resultan interesantes las afirmaciones de Cazés, aunque no comparto del todo sus interpretaciones. Es más objetivo, considero, y de mayor relevancia el trabajo del historiador Salvador Rueda, en relación con el significado y valor de estas narraciones, donde se muestran los valores y sentimientos reflejados en la memoria, el olvido, la selección, la construcción, el silencio, el llanto, el trasfondo político que todos tomaron y procesaron en los años posrevolucionarios, con lo que crearon un discurso de sus vidas y participación, así como al explicar en la guerra la construcción de la vida cotidiana (Rueda, 1985). Para el tema del ejército villista, una muestra es la investigación de Pedro Salmerón (2006) y la importancia que encuentra en estos testimonios como fuente.

En algunos casos las entrevistas son diálogos entre el entrevistado y el entrevistador. En otros, monólogos del entrevistador, porque resultaba difícil obtener la confianza del narrador. La intención de este texto es presentar e invitar a la consulta de esta versión del catálogo, donde presentamos, por medio de 328 resúmenes, las voces de los protagonistas, su narración, algunas expresiones y valores que daban a su relato, e índices (onomástico, geográfico y glosario), así como algunas imágenes de los narradores (la información se encuentra reunida y mostrada en una plataforma contenida en un disco).

Se trata de un reflejo de lo que ha significado el trabajo colectivo, desde 1968, de ambas historiadoras, Alicia Olivera y Eugenia Meyer, pioneras en formar el Archivo de la Palabra. La asesoría del doctor Friedrich Katz, sus interesantes preguntas y sugerencias, resultaron fundamentales y apuntalaron las enseñanzas que recibimos de ellas.

Las dos investigadoras le dieron un giro de 180 grados a la búsqueda de informantes interesadas en dar también la oportunidad de expresarse, al enfocarse en los ejércitos populares, el villista y zapatista fundamentalmente, y buscar a la "tropa": a los soldados, a los adolescentes, a los jóvenes y niños de esa época; hombres y mujeres que con sus experiencias de vida se forjaron en una Revolución de la cual resultaron más bien perdedores que ganadores, en el sentido de que abandonaron a sus familias y pueblos de origen, esperanzados y en busca de un cambio social, político y económico, si bien en ocasiones regresaron al mismo sendero. Las redes establecidas para la localización de los entrevistados fueron la Unificación Nacional de Vete-

ranos, el Frente Zapatista y la Confederación de Veteranos. En realidad, la recomendación y el acercamiento a través de ellos mismos o bien de familiares y vecinos de la misma localidad constituyeron la mejor oportunidad para conversar con ellos.

Aunque el objetivo era obtener testimonios de los ejércitos populares, estos combatientes no son exclusividad del fondo, pues encontramos también las voces de soldados, oficiales y generales del ejército federal, carrancista y arenista, así como de las mujeres trabajadoras que fueron militantes de la Casa del Obrero Mundial, y también de uno que otro cantero, guiados por la lucha de aquella institución y de los actores que los representaban, cuyo objetivo era la justicia social. Hay asimismo un pequeño eco de las mujeres conocidas como “pacíficas”, quienes apoyaron y aportaron alimentos, representaron el sostén de la familia y de los hombres en armas, y en algunos casos se convirtieron en esposas de los revolucionarios. Ellas hablan de la lucha día tras día por sobrevivir, de su mirada respecto al movimiento, el ejército popular y sus maridos, cuyos balances resultan valiosos.

Los “pacíficos” pueden ser hombres o mujeres cuya rebeldía no se expresaba con un fusil, sino mediante la salvación de la familia y la comunidad al refugiarse en cuevas y barrancas. Otro grupo era el de los ferrocarrileros, quienes de igual modo tuvieron presencia en las diferentes facciones que se formaron. De este gremio encontramos vivencias muy ricas. En alguno de ellos las historias de vida se antojan las de aventureros, en particular la del ferrocarrilero Manuel Sosa Pavón.

Cabe señalar cómo se destaca en los resúmenes la existencia de individuos que fueron tomando y forjando su participación como maderistas, para luego incorporarse al zapatismo o a alguna otra facción revolucionaria o conservadora. Se percibe un arcoíris de posiciones y participaciones en la Revolución. El descontento social, aunado a la temida leva, fortalecida por Victoriano Huerta y sus oficiales, así como la quema de hogares campesinos, alimentaron el ambiente en busca de identidad. Así, el 28 de noviembre de 1911 se firmaba el Plan de Ayala, que constituyó el plan fundacional del zapatismo. En los testimonios orales y algunas crónicas se hablaba ya fuera a través del rumor, el chisme o la confidencia sobre el malestar colectivo hacia la política de Madero, quien no había dado gusto a nadie, por lo que se vivía un ambiente cada vez más cercano al estilo de *Crónica de una muerte anunciada* de Gabriel García Márquez.

El parteaguas fue la Decena Trágica, que desembocó en los asesinatos de los hermanos Madero y de Pino Suárez, así como del capitán Adolfo Bassó y cientos de civiles, hombres y mujeres, niños y ancianos, alcanzados por balas perdidas al salir de Catedral o en el centro de la ciudad, además de otros actores del pueblo, como los curiosos. El malestar se desarrolló con más fuerza y eso llevó a integrarse a miles de jóvenes. Un motivo fue el drama vivido en el Zócalo de la ciudad; otro, la temida leva. Las circunstancias personales y colectivas marcaron sus vidas. En un mismo individuo encontramos cómo ingresó al ejército zapatista y pasó por el arenismo; después, la leva se lo llevó con los carrancistas, para enviarlo al norte a pelear contra los villistas, y en el campo de batalla el azar lo condujo a defeccionar y unirse al villismo (PHO-Z/1/37). No escaparon en estos ejércitos los voluntarios del ejército federal o carrancista, hombres en conflicto con sus vecinos de los pueblos aledaños que decidieron convertirse en la avanzada de aquellas fuerzas como conocedores del terreno. También hay una muestra pequeña y significativa de los trabajadores del real de la hacienda, los hijos de esta institución, protegidos por ella y denominados popularmente como “realengos”, quienes sufrieron y atestiguaron la Revolución.

Recuerdo que...

En algunos casos encontramos, en las charlas de los veteranos, un abanico, arcoíris o polifonía respecto a los motivos de incorporación. En su mayoría, la decisión de unirse a tal o cual grupo y defender una causa revolucionaria se debió a una carga variopinta de agravios: por parte de las autoridades civiles, militares, del clero, de los hacendados y sus administradores o capataces, de empresarios o jefes. Despojos y maltrato fueron el común denominador y el motor para sentir simpatía por la guerra.

También está presente la defensa de los bienes familiares, como un caballo y el ganado, entre otros. No escapan los casos de aquellos que siguieron al amigo, al paisano, o que sintieron que *la bola* era una fiesta. Aunque no se tenga muy clara la idea sobre el motivo de incorporación en la guerra, esto se va entendiendo hasta llegar a motivos más íntimos, como la familia, el maltrato y el abandono por los padres o tutores. Muchos fueron hijos o muchachos en estado de orfandad que con el grupo de rebeldes de la misma edad encontraron la protección o el cobijo del compañerismo, o bien, algún jefe reconocía el talento y el valor

de tal o cual joven alzado en armas. La defensa de un plan revolucionario o ideología fue para muchos la alusión a un concepto, a algo abstracto, sin que con esto se menosprecie a tan aguerridos rebeldes.

Encontramos asimismo a individuos con una clara idea sobre la ideología que tanto se buscaba en la década de 1970, en libros clásicos como el de Arnaldo Córdoba (*La ideología de la Revolución Mexicana*), o bien en textos que analizaban a la Revolución con enfoques marxistas (donde se encuadraría el texto de Cazés), los cuales polemizaban mucho acerca de la lucha de clases, si bien en algunos casos los académicos no entendieron el lenguaje ni el sentir de un campesino o un obrero.

En aquellos años hubo un temario que guiaba y proporcionaba un hilo conductor a la entrevista, con temas que giraban alrededor de la vida del individuo; éste era libre, acorde con la pericia y el dominio del periodo estudiado y la sensibilidad para establecer un diálogo, a modo de acercarse con oído de escucha por parte de los entrevistadores, así como la empatía que se despertara en los narradores. No se trataba de ir a la caza de informantes “académicos” ni de establecer un duelo con ellos acerca de quién conocía más sobre los caudillos, las batallas en que habían tomado parte o qué tantos planes políticos conocían o si su conciencia histórica se hallaba impregnada de una ideología que los hubiera llevado a tomar el máuser, sus treinta-treinta, el machete o el caballo. En estos testimonios se privilegió a la historia personal ligada con la historia de la Revolución.

Cabe señalar que en la primera etapa del proyecto la mayor parte de los informantes eran políticos o generales revolucionarios de alto rango, lo cual en esos años aún los llevó a externar opiniones oficiales, muy acartonadas, si bien en sus experiencias se lee entre líneas el sentir de un pasado glorioso.

Atisbos al fondo

En esta última etapa del proyecto, en la que se trató de organizar y se digitalizaron las entrevistas (se pasaron del formato de cinta de carrete a otra plataforma), además de que se transcribieron las entrevistas de los testimonios zapatistas, nos propusimos, junto con María Esther, elaborar el catálogo integrador de esta experiencia de trabajo con el objetivo de dejar una herramienta de difusión para la consulta y el trabajo de investigadores u otros usuarios. Al principio se trató de respetar los resúmenes publicados,

atendiendo a la experiencia y las líneas de trabajo del archivo asentadas por las fundadoras del archivo.

También se consignaron los nombres de jefes y soldados no mencionados en los libros ni en los catálogos, así como los apodos, desde *el Nácar* hasta *Fierritos* (no el jefe villista), o bien *el Oso* y *el Comeburros*, además de los que respondían a algún detalle físico, actitud, hecho o al encargo de una comisión. Por ejemplo, el general Rubio Navarrete le encomendó al capitán primero Rafael Romero López recoger los fusiles Rexel: de ahí que se le quedara el sobrenombre del *Roxel*. O bien, la expresión de una de las esposas del general Eufemio Zapata, *la Princesa Hermosa*, denotaba una concepción de la vida que había que rescatar.

Al revisar los índices, caímos en la cuenta de que faltaba integrar a los resúmenes y a los índices algunos temas, giros idiomáticos, localismos. Después de trabajar con Marcela Cobos, tomamos la decisión de revisar y cotejar los resúmenes de los tres catálogos publicados y la necesidad de elaborar nuevos resúmenes para uniformar los contenidos, ya que con esta última experiencia pensábamos que debíamos hacer un esfuerzo colectivo con los jóvenes transcritores y analistas para escuchar a los narradores, al liberarlos del temario, cuestionario o las preguntas, para en cambio aguzar el oído y sentir lo que intentaban decir abiertamente o a veces tratando de defender una posición. En otras intentamos recuperar lo dicho en susurros, que el entrevistado confesaba en voz baja al entrevistador con temor y vergüenza. Por ejemplo, el capitán segundo Enrique Nava, originario del Ajusco, campesino y obrero en la construcción del ferrocarril, al conversar con Alicia Olivera sobre las actitudes de crueldad de los ejércitos federal o carrancista hacia los pueblos y los rebeldes habló con soltura, pero en el momento en que le vino a la mente una escena personal de violencia del zapatismo, farfulló entre dientes su confesión:

Yo no me quería... Este... A que, a que me anotarán o a ver que... Porque un día, a las cinco de la... A las cinco, a las cuatro de la mañana, les dimos un asalto allí, en el cerro ése, que le dicen el cerro del Molinillo. Aguantamos todos los... Creo eran como 30 hombres, 30 soldados, con sus señoras, acostados, durmiendo; ‘taba el centinela; el centinela no nos sirvió pa’ nada, y los rodeamos, los sitiámos donde estaban ellos, y ¡ay carambas, hasta me dio lástima! Los avanzamos todos, los 30 hombres. Les digo: “A ver, fórmense ái”. ¡Aah!,

y nosotros traíamos la ametralladora, yo y mi compañero, mi jefe, Benito Eslava. Que les den la forma. “Tra tra tra tra tra”, dice Valentín [Reyes]: “¡Fórmense!” Y dice una señora: “Ay, señor, no nos mate, nos vamos a ir con ustedes”. Dice: “No necesitamos”, decía Julián Gallegos, el general, “no necesitamos, fórmense”. Y ahí van las señoras muy buenas, gua-guapas las señoras; las formábamos así, a un lado: “Fórmense ahí, señoras”. Sí, lloraban las señoras que no les mataran a sus maridos. Pues dice mi jefe: “Póngale la ametralladora”. Puse las patas de la ametralladora. “Tra tra tra tra tra tra”: todos los matamos ahí, como a 30 hombres. ¡Ay, caramba! (PHO-Z/1/83).

Entre 1972 y 1976, en el ejército de viejos revolucionarios las edades eran de entre 65 y 100 años. Pocos tenían 80. Para el caso de los zapatistas, en su mayoría se trataba de analfabetas, que en algunos casos aprendieron a dibujar su nombre para plasmarlo en algún escrito. Otros, que llegaron a ser jefes, o sus secretarios que sí conocieron la escritura, les enseñaron las letras, de modo que pudieran escribir al jefe Zapata o al cuartel general. Respecto a los villistas, a quienes de primera impresión, por la lectura de sus resúmenes, identifico como de una posición social media o trabajadores, algunos sí fueron a la escuela. Muy pocos describen su nivel escolar, la fortuna de contar con una biblioteca de sus padres y de haberse acercado a la lectura de escritores mexicanos, franceses o rusos.

En el fondo hay un grupo de revolucionarios muy interesante del ejército federal, los cuales sintieron lealtad y orgullo por su pertenencia e identidad, como fue el caso del general Rafael Romero, que estudió en el Colegio Militar y narró:

En la campaña contra Orozco, Emilio Madero se hizo amigo mío e iba a mi tienda de campaña o a mi carro de ferrocarril a charlar conmigo y me decía: “Yo vengo a visitarlo a usted porque es uno de los pocos que no me adula” [...] Le dije: “Mire, ahora estamos en campaña, su hermano no pierde oportunidad de insultarnos, diciendo de nosotros, del ejército federal: ‘¡Detesto a las bayonetas que apoyaron al pasado régimen’ casi en todos sus discursos. Ahorita, como le digo, estando en campaña, no vamos a dar cuenta de ello, pero cuando esto termine, cuando derrotemos a Orozco, nosotros nada más vamos a quitar esas bayonetas que detesta y automáticamente caen” (PHO/1/59: 35).

En 1912 otra acción de Madero que incomodó al ejército y, en particular, a oficiales como el capitán Romero consistió en que ascendió a los derrotados del general González Salas, mientras que a los oficiales que recuperaron el estado de Chihuahua no se les dio este reconocimiento. Tal actitud de Madero causó malestar, lo cual se sumaría a la lista de inconformidades. La relevancia de este testimonio se debe a que el protagonista pertenecía al ejército federal, y si bien asume que como oficiales nutrieron y organizaron el golpe de Estado (la conspiración contra Madero) junto a los generales Mondragón y Félix Díaz, se deslindó respecto a la ambición de Victoriano Huerta y Aureliano Blanquet. Habló de la idea que él y sus compañeros tenían de iniciar el llamado Cuartelazo el 5 de febrero, aprovechando la ceremonia en el Hemiciclo a Juárez. Su voz hace eco con otro personaje que destacó por el cargo oficial del padre, el general de división Manuel M. Velázquez, subsecretario de Guerra.

Este personaje fue Víctor Velázquez, capitán de caballería y abogado, vinculado más al grupo de élite militar cercano (por su padre) al general Porfirio Díaz y al sobrino del mandatario, Félix Díaz, así como a Manuel Mondragón, Bernardo Reyes y los políticos del momento. Víctor recibió una formación en el extranjero que le permitió moverse en un ambiente diferente al de sus compañeros del colegio; al igual que su padre y los generales y oficiales conspiradores, en su versión reflexiona que no esperaban llegar al sitio estratégico del Cuartelazo, lo que Antonio Saborit y Rebeca Monroy analizaron en el libro *La Ciudadela de Fuego. A ochenta años*. Algunas imágenes que conocemos de esos sucesos son del fotógrafo Gerónimo Hernández.

En esta polifonía de voces hombres y mujeres reflexionan y valoran sobre su vivencia personal, que confrontan con las de otros. En los zapatistas encontramos ecos y lugares comunes en cuanto a mitos como el de la muerte de Zapata y el despojo de las tierras al padre de Zapata por parte del hacendado del hospital; también hacen referencias sobre el origen de los empleados, trabajadores, capitanes, guardacañas o capataces, que eran españoles (*gachupines*, en el lenguaje popular), al igual que el hacendado; hay asimismo un reconocimiento colectivo al papel de las mujeres como revolucionarias y guerrilleras: se da valor a sus actos y no al mito de la mujer revolucionaria del norte. Lo valioso de todos ellos no es la historia formal que narran sobre la Revolución, sino la riqueza de las vidas personales, colectivas, con que se construyó la narración.

La valentía de los hombres, lo aguerrido en los combates y en la captura de los enemigos, fue lo que los avaló para gozar del reconocimiento colectivo y el grado militar.

En los resúmenes del catálogo se reflejarán las campañas relevantes tanto de un bando como del otro; en la escucha de las narraciones encontramos que lo más importante no fue sólo el parte militar o la recreación de la guerra y las campañas. Se habla de ellas, pero es sólo una parte de la narración.

En la revista *Historias 75. Historia de las conmemoraciones*, resulta revelador el texto de François Xavier Guerra, titulado “Memorias en proceso, América Latina, siglos XVI al XX”. Me interesaron algunos párrafos por ser significativos para este ensayo. Pienso que los conceptos en que reflexiona y problematiza Guerra pueden tener un referente en nuestro catálogo de la Revolución.

Por ejemplo, en cuanto al significado de la memoria, la naturaleza de esta fuente resulta distinta al enfoque de Daniel Cazés:

En efecto, los recuerdos personales –la memoria propiamente dicha– nunca son completos ni neutros. Son siempre fragmentos del pasado, el resultado no sólo de la limitación física de la memoria humana, sino también de las elecciones conscientes o inconscientes, efectuadas en función de lo que consideramos particularmente significativo para nuestra vida, para la de nuestros prójimos o la del grupo o los grupos de los que formamos parte.

Hablar de la elección y de significación implica que la memoria personal, la más personal de las memorias, ya es una reconstrucción del pasado que es a la vez individual y social. Individual, en lo que tiene de más íntima, pero siempre social, no sólo porque se refiere en buena parte a nuestras relaciones con los otros y los grupos a los que pertenecemos, sino también porque depende de los códigos y de las referencias culturales de esos grupos: de sus valores, de sus imaginarios, de lo que piensan que es su identidad y su pasado.

Termino reparando en el esfuerzo colectivo del equipo del que he hablado, que ha trabajado de manera ardua para dar a conocer la totalidad del archivo como fuente, al mostrar el rico material que contienen algunos expedientes: documentos personales, fotografías, poemas, corridos.

Concluyo, pues, con una reflexión de otro profesor en la materia, Antonio García de León:

Por último, y si el recuerdo está amasado con olvidos y silencios y se mueve por los senderos de un instante detenido a perpetuidad, la memoria oral sólo sería parte de un entramado mayor, el del juego imprevisible entre la constancia y el azar, el del ir y venir entre la premeditación y lo inesperado. La transcripción, la edición, pero sobre todo el análisis de la ruptura que presuponen los testimonios enfrentados a otras fuentes vendría a ser el sentido de una historia que como tal no es solamente un relato (o una simple “secuencia textual”, como muchos creen), ni una escritura ni mucho menos una conmemoración, sino más bien el encuentro entre lo social y el tiempo, la convicción de que la historia lo que intenta mostrar es la transformación de las sociedades: precisamente esos desencuentros entre el hoy y el ayer que sazonan las buenas historias, que son las mejor narradas sin dejar de ser las más complejas.

Bibliografía

- Catálogo del Archivo de la Palabra*, núm. 1, México, INAH-SEP, 1977.
- Cazés, Daniel, *Los revolucionarios, nuestras cosas*, México, Grijalbo, 1973.
- Meyer, Eugenia y Alicia Olivera de Bonfil, “La historia oral. Origen, metodología, historia y perspectivas”, en *Historia Mexicana*, vol. XXI, núm. 82, octubre-diciembre de 1971, pp. 372-387.
- Pla, Dolores, *El aroma del recuerdo. Narraciones de españoles republicanos refugiados en México*, México, Plaza y Valdés/INAH-Conaculta, 2003.
- Programa de Historia Oral. Catálogo 1*, México, Museo Nacional de Historia-INAH, 1975.
- Programa de Historia Oral. Catálogo 1974-1975*, México, Museo Nacional de Historia-INAH, 1976.
- Rueda Smithers, Salvador, “Oposición y subversión: testimonios zapatistas”, en *Historias*, núm. 3, enero-marzo de 1983, pp. 3-32.
- _____, “La dinámica interna del zapatismo. Consideraciones para el estudio de la cotidianidad campesina en el área zapatista”, en Horacio Crespo (coord.), *Morelos, cinco siglos de historia regional*, México, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México-Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 1985, pp. 225-249.
- Saborit, Antonio y Rebeca Monroy, *La Ciudadela de fuego. A ochenta años de la Decena Trágica*, México, Conaculta, 2003.
- Salmerón, Pedro, *La División del Norte. La tierra de los hombres y la historia de un ejército del pueblo*, México, Planeta, 2006.